



Enrique Cerdán Tato

△▽

Historia antigua (2)

Yo he nacido en una cárcel o en penal, no sé cuál es la diferencia exactamente. Aunque, de cualquier modo, la cosa carece de importancia. Bueno, quiero decir que todos los muchachos de mi edad han nacido en iguales condiciones.

Es una vieja historia, ya casi olvidada. Resulta que un buen día, de no recuerdo qué año, murió por envenenamiento el señor de esta villa, mientras en los jardines de su castillo se celebraba una gran fiesta, a la que, precisamente, habían sido invitados todos los habitantes del lugar.

Cuando el físico dio a conocer la noticia, los villanos se entristecieron de verdad, porque, dentro de lo que cabía, y según dicen, el anciano señor era bastante considerado, al punto de cobrar tan sólo la mitad de los impuestos y de no exigir ciertos derechos muy al uso y nada desagradables. Claro que, como los maliciosos insinúan, es muy posible que la renuncia a tales derechos fuera más bien a causa de su chochez que de su nobleza. Pero, fuera como fuese, aquel aciago día cada cual marchó a su casa con el corazón apretujado en un puño.

Al otro día, y no bien hubo amanecido, la pequeña y tranquila villa fue ocupada por la guardia real, que llegó con mucho aparato de hombres y armamento. En pocos minutos reunieron en la plaza mayor a todos los villanos. Entonces se adelantó de entre la tropa un arrogante teniente y, después de hacer cabriolas con su montura, les conminó a entregar al asesino en el acto, ya que de otra manera se vería obligado a tomar serias represalias.

En un principio nadie se atrevió a hablar, pero de pronto quisieron hacerlo todos al mismo tiempo, y sólo lograron levantar un rumor infinito. El capitán apercibió a sus hombres, que desenfundaron automáticamente los sables. Los humildes lugareños se sobrecogieron de espanto y se apretaron unos contra otros en el más respetuoso silencio. Fue entonces cuando de aquella masa salió mi padre a parlamentar -60- con el coronel, no porque fuera un héroe, sino porque era honrado y trabajador.

Manteniendo siempre una distancia prudencial, le dijo que ninguno de los allí reunidos había dado muerte al señor, porque todos se encontraban juntos, como ahora, y que, por tanto, cada uno de ellos podía certificar la presencia del otro en el momento de cometerse el crimen.

Pero el general se puso rojo de rabia y empezó a decir barbaridades. Por último, cuando se hubo calmado, gritó que en nombre de alguien muy importante -aunque ninguno de los del pueblo recordaba de quién se trataba- los condenaba a prisión el resto de sus vidas. Mas como quiera que los calabozos del castillo eran insuficientes para contener a los no sé cuántos miles trescientos y pico habitantes de la villa, ordenó cercarla con unas grandes murallas, sin puertas ni ventanas, que se alzaran hasta poco menos de la luna.

Durante años y más años, centenares de obreros, bajo la dirección de los más sabios maestros de aquel tiempo, trabajaron incansablemente en la gigantesca construcción. Finalmente, cuando la obra estuvo concluida, los condenados se sintieron aislados de todo lo demás, pero mucho más felices y tranquilos que nunca. Como eran muy laboriosos, en poco tiempo florecieron la agricultura, el comercio y la industria de tal manera, que la vil la se enriqueció notablemente y sus gentes gozaron de una maravillosa paz.

Yo nacía a los diez años de cautiverio. Me he criado aquí y estoy muy satisfecho. Trabajo en la herrería de mi padre y ya casi domino el oficio. En un principio no podía dejar de estremecerme cada vez que divisaba las murallas, pero mi padre me convenció de que no hacían más que preservarnos de ambiciones y pestes.

Y así debe ser, en efecto. Lo digo porque, no hace mucho, nos llegó una paloma con un mensaje atado a su bonita pata. En él se nos anunciaba que éramos totalmente libres, ya que el anciano señor, cuya muerte se nos atribuía, se había suicidado realmente. Casi al término del escrito se nos ordenaba que colaborásemos desde adentro a derribar la gigantesca muralla.

Durante algunas horas el consejo permaneció entregado a sus deliberaciones. Por último, llegaron a la conclusión de que se nos trataba de hacer caer en una trampa. Así que decidieron -61- poner contrafuertes a lo largo de los muros, y la vida en nuestra ciudad continuó como hasta entonces.

Pero no transcurrieron más de dos meses sin que nos llegase otro mensaje con el mismo o muy parecido tono, y firmado, como el anterior, por el general de la tropa que nos apresó.

Sucesivamente, se recibieron otros muchos. En todos se nos decía que nuestra obligación de hombres libres era cooperar con la guardia real a defender la ciudad de las

incursiones de los bárbaros. Por último, la orden se trocó en súplica. Los notables de afuera habían agotado sus provisiones de trigo y de carne, no tenían con qué cubrirse y sus palacios se desmoronaban. Aún así, el consejo estimó que todo aquello formaba parte de una treta, y que lo único que pretendían los del otro lado no era más que saquear nuestra ciudad. De cualquier modo, y por si acaso hubiere algo de cierto en cuanto decían, se les envió toda clase de simientes para que las sembraran y cultivaran como es de menester.

Poco más tarde dejaron de recibirse mensajes, pero fue entonces cuando comenzaron los misteriosos ruidos de junto al muro.

Por eso afirmaba en un principio que no me importa en absoluto haber nacido aquí. No es más que una vieja historia, ya casi olvidada. Lo que nos preocupa ahora realmente son esos endiablados ruidos, que crecen de día en día. Con frecuencia la ciudad se tambalea, y tengo la impresión de que las infinitas murallas van a desplomarse sobre nosotros de un momento a otro.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario